

ROSA CRUCHAGA DE WALKER



Sobremundo

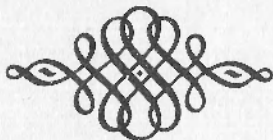


SOBREMUNDO

Antología poética

ROSA CRUCHAGA DE WALKER

Sobremundo



editorial
LA MURALLA, S.A.

Copyright © by Editorial La Muralla, S. A., 1985
Constancia, 33. 28002-Madrid
ISBN: 84-7133-494-1
Depósito legal: M-12.232-1985
Imprime: Grafur, S.A. Paracuellos del Jarama. Madrid

Si la poesía fuera «una imitación de la realidad sensible», como afirma Aristóteles del arte, yo no escribiría poesía. Para no confirmar las insatisfactorias realidades. Muchos, aunque espero que cada día menos, creen que la poesía (el escribirla y el leerla) significa una pérdida de tiempo, y son precisamente los que suelen hablar de «matar el tiempo», porque viven aburridos y lo más probable es que mueran aburridos. Dicen de otra manera: un malgasto de energías. Hay tanta urgencia que reclama nuestra atención, agregan. Para otros, la poesía no vale por no ser comercial. Ciertas definiciones de poesía se refieren a ella como a un resultado estético que deleita a terceros, y no se refieren a ella como un fenómeno decisivo para el poeta, si éste en verdad lo es. ¡Ay de la estética y de los estetas! No entrarán en el reino de la poesía. O si entran, lo harán a oscuras y tanteando muros desconocidos.

El poeta no sólo escribe en poesía, sino que en ella vive y de ella se abastece. Cuando la escribe, en el poema queda la impronta de todo lo que es él; y cuando no la escribe la relaciona y ordena con las realidades comunes para crear así sus propios materiales verbales de los cuales dependerá esencialmente. A esta urgencia de buscar para construir lo suyo debe el poeta su aspecto distraído y a veces so-

berbio. O su torpeza para desenvolverse en grupos humanos con cierta soltura. No intenta imitar la realidad: intenta sobrepasarla. Y es como un misionero: está expuesto continuamente a ser inmolado en la incomprensión o en el ridículo, a precio de ser fiel a su identidad y cumplir con su intransferible tarea. Y no hago la apología de un romanticismo nocturno o trasnochado.

Con la poesía (y cuanto ella supone de simbologías y sublimaciones) yo busco crear mi *sobremundo*. Crear otra *realidad* que se sitúe de manera intermedia entre la realidad sensible y la que aún no es perceptible para mí, mientras vivo en el tiempo. Quiero que ese *sobremundo* sea como una antesala de la experiencia mística a la cual no me allegué en esta vida. Para lograrlo abstraigo de los objetos lo que en ellos intuyo de permanente. Saco esos objetos y esas cualidades de su tiempo y espacio y los coloco en un plano aún imaginario, pero en el cual no rigen ya las arbitrariedades humanas, ni las cotas históricas y geográficas. Allí los deajo, y se armonizan espontáneamente, según sus afinidades o complementaciones. Así, poco a poco, brota ese *sobremundo* que necesito para acercarme a lo que no tiene tiempo ni espacio, a lo que no termina ni decepciona. Entre los procedimientos para construir ese mi *sobremundo* abundan las analogías y los contrastes de tipo visual. El sentido de la vista, por asociaciones de colores y formas, es el que mejor suscita en mí las abstracciones con que elaboro esa irrealidad que construiré con las realidades vigentes pasadas por el tamiz. La audición, en cambio, debe estar en blanco. Todo sonido me estorba. El de una música, el ruido del mar, el tictac del reloj, las páginas que alguien a mi lado lee y da vuelta.

Sólo he de oír la sordina nasal con que marco el ritmo y los acentos.

Mi sobremundo pretende, con su prescindencia de arbitrariedades espaciales y temporales, ir acercándonos —a mí misma y a quienes me lean— a la Unica Armonía Permanente. A aquella que, de una u otra forma, todos buscamos en esta vida.

*(Del discurso de ingreso en la
Academia Chilena de la Lengua.
Santiago, Septiembre, 1984)*

PADRE

Habías de ser muerte, Padre, bajo tu aldaba,
para pagar mi cuerpo, por despejar mi llano,
para inundarme en luz, para vaciar los ojos
y descarnar las manos.

Porque me fuiste el tronco donde me estoy erguida
y ya de gusto vives tierra que me adelantas:
temblamos con tu viento. ¡La misma sacudida,
la misma sed, la misma ceniza en tu garganta!

CÓN SILENCIO TE LLAMO.
CON UN NUDO...

Con silencio te llamo. Con un nudo,
con clavo de silencio yo te oprimo,
y te traspaso.

Hijo mío, en un viento de silencio:
raído ya te veo en todo el aire.
Brotaste en mi silencio.

Todo en ti ya lo he dicho sin los labios.
Oigo en ti todo un mundo de palabras
de Dios arrinconadas.

Hijo de mi silencio: tú sostienes
y hiendes mi pared, do ti empapada
como un vaso.

UVA

Como uva me destrozo: es la ternura
que no sé contener en mi frontera.
Uva es mi cuerpo: todo es envoltura
de la muerte que di cuando naciera.

Uva me asomo siempre en la espesura
del nacimiento: a zarpas en la hoguera
el miedo ha puesto un nudo en mi cintura,
y el llanto todo el frío que me fuera.

Toma en mi mano; piensa en esta hoja;
de raíz a raíz grito en la roja
sucesión de las uvas y semillas.

Me abro y me yergo sin saber si muero
por uvas no seguirme, cuando espero
salir muriendo en uvas las mejillas.

MIEDO

Déjame de cierva, déjame escapada
sobre el monte, donde las olas del trigo
no me alcancen. Siento tu oscura llamada,
tu sed y tu abismo.

Déjame allá arriba: me será la nieve,
me estaré azuzando los vientos del valle;
y así no ha de verme la arrastrada muerte
que el cuerpo no sabe.

¡Déjame de cierva, déjame en huida:
que esta noche al menos me tome dormida!

LLUVIAS

La lluvia de suaves galgos
lame la sien de mi casa,
y la de abiertos geranios
se marchita en mi ventana.

Sobre una infancia de prados
la lluvia cayó de ovejas;
de cirios caerá en el lago;
para alzarse de azucena.

Llueve rojo en los tejados,
y de oro en la sementera,
de látigo en los caballos,
llueve de pie en la vereda.

Yo no sé por qué de anciana
me llueve de manos trémulas.
Será porque estoy cansada.
Será por lo que me queda.

R.

Rosa en sentencia, rosa en esta espina
lacre que corre y corre por mi vena.
Alta en trayecto: casi una azucena
demorada en la muerte que me empina.

Rosa en su sangre: miedo que no atina
más que asirse a unos pétalos; la pena
de un gozo la horadó como colmena:
desde entonces un ala la ilumina.

Charco que te abres: charco que abotonas,
expatriado coral, y me coronas
ungida reina fértil de la arena.

Los huesos clavas, clavas en la risa.
La rosa tiembla y tiembla con la brisa.
Rosa en sentencia, rosa en la condena.

ORIGEN

De ceguera mordida y pavorosa,
más que del mar, las olas han nacido.
No de embrión: del ahogo, la paloma;
y del miedo al invierno: todo el trigo.

¿Cómo pude, no en hueco de glaciares,
aprender soledad de tanto filo?
Esta agua, si compacta fue en su madre,
no estaría hecha triza en los caminos.

No es sangre que me corre: esto es un zumo
de agobios que legaron los rendidos.
Más que miedo adherido, esto es un musgo
sobre piedra, reciente, desde siglos.

No pudo ser benigno el sol. No pudo
ser el mismo al que se abren los maizales:
si a esconderse en la tierra tira el fruto,
si la rama desgarrar por volarse...

CAMINOS

Si quedo de los caminos
sólo aplazo la sentencia;
pero no sé contestarles
si me quiero viva o muerta.

Como a un árbol se me ató
con viento los vivos brazos,
y debo escoger camino
con el impuesto cansancio.

(Mas si turbo no equivoco:
ya están escritos mis pasos.)

Yo fuera lanza y no mano
en forzosa rasgadura:
por no escoger mi camino
y al dolor sumar la culpa.

De río hambriento hacia el mar,
al abrazo, de perdido;
pero el camino es sin nombre,
aquel que conoce el mío...

(Mas si turbo no equivoco:
mis pasos ya están escritos.)

El monte va a sima justa,
la neblina a los cipreses:

¡Quiero muerte que me calce,
como en un nacer el vientre!

Pero en blanco los caminos,
todos me llaman callados;
aunque turbe no equivoco:
ya están escritos mis pasos.

ELEGÍA

Todo, Padre, está dicho: abre al silencio.
Cumplida está tu voz en el recado
de los lirios de labios entreabiertos.

Se esfuma todo aquí: vete a segura
noche, que sólo en playa vives, pisas
y alzas al viento: le oyes y lo enjugas.

De tu charco saldrán todos los ríos.
Filtrada en ti será el agua que bebo.
Han de sacar su sombra los olivos

de ti, ¡Y en esa ojera de cisterna
que suba a sostenerme tu pupila!

EL MUERTO DE LA CORDILLERA

El muerto de la cordillera
no tiene límites, no ha nacido.
Como el perfil del agua en la redoma
es convexa ilusión de lo purísimo.
Como un pez convertido en una lágrima,
el mar tiene su forma y él navega en sí mismo.

SOMBRA

¿De qué me libra mi sombra,
remedándome un olivo
de sangre que se deshoja?

¡Ay! madre y ¡ay! hija mía:
Dos rosas me cantan, pero
sólo oigo callar la espina.

SANGRE

Carne yo les robé cuando dormían
a mis padres, meciéndose en retamo.
Yo fui el hacha y hoy pierdo mis astillas.
Fui la ola y me arrasan los costados.

La luz que di me borra las pupilas,
robándome a mis padres de mis párpados.
Con la culpa de arena me he quedado:
La sangre ya corrió. Nunca fue mía.

LA JARRA

Yo en mi cuarto, sola.
El agua en la jarra oscura.

Siento mis ojos de paja
porque un bosque me perdura
como la cera sin llama.

Como la cera sin llama
que, en témpano, se rasguña
y, en vigía, se acorrala.

El agua en la jarra oscura.

EL GUANTE OLVIDADO

Hoy me hiere evasivo como el tiempo
un guante hueco con un gesto hinchado.
Como un túnel que falta demasiado.

Me agobia como el arco de la guerra
su vacío de pie sobre los ayes.
Y el destino que va por cinco calles.

JAZMINES

La maceta puntual sin más recuerdo
que su aliento conciso: sin garganta,
en el medio de junio se detuvo
por no doblar la lluvia perfilada.

En su aliento sin brizna me reduzco
al nimbo rosa: vaho de mi cuerpo.
¡Ah! su intención de espuma que desliga
de mi peso un jazmín blanco en extremo.

Con un sosiego de íntima gaviota
rielando intacta sobre abismos grises,
en la ojera de junio desamado
parpadean tibieza los jazmines.

ISLA TRINIDAD

Brasero tras de tanto, tanto mar:
Trinidad encandila.
Cual Moisés extenuado ya me sobra
la promesa cumplida.

Transparencias de palmas me remuerden
los párpados manchados de Tobías.
Desenvainando sigilosos plátanos
como Judit culpable: bebo heridas.

Arca después de tanto, tanto mar
Trinidad no cobija.
Me sigue el agua eterna y dejé abierta
en Aarón la sed íntegra.

CRECIENTE

Tres veces dejé mis ojos
en párpados de mis hijos:
aún alzo por atisbarlos,
igual que el vaciado trigo.

Urdiendo esmeradas carnes
de fibra y brazo, he rendido.
Más vacía estoy en venas
que llenaron las del hijo.

Ya sobro en mis años. Nadie
tan largo y hondo ha sentido,
por seis brazos los cansancios,
por tres espaldas los fríos.

Yo, desde niña cobarde,
que a la muerte prefería,
cuando de mí, por fin, huya,
más sola quedo en mis hijas.

¿Qué muero en el hondo sueño
si a mis tiernas seis pupilas
siguen rasgándolas bosques
y ahogándolas neblinas?

¡Ah eternidad sin descanso,
aun cuando el hijo agoniza!
Muero otra vez, pero broto
en el vientre de sus hijas!

MADRES CUZQUEÑAS

En Cuzco las mujeres solas
con su otra cabeza retroceden.
Con sus otras piernas se persiguen
de nuca a cadera: como escalofrío.

Bajo el Arco de Santa Clara
se les encoge la mirada curva.
El árguena cruje como una rodilla
de huesos hincados en la piel

En el Poniente el Urubamba es negro
y lo plisa la luz de Ollantaitambo.
Las mujeres llevan graderías en la frente
y la Fortaleza jiba sus espaldas.

TREN

Centelleaban los rieles en la bruma.
Las hortensias de párpados secos
relumbraban aceite cuando
pasó el tren negro.

Cuando pasó el tren hueco
los perros del mar aullaron
muy adentro.
Pasó una patria por mi vida
sin llevarse mi cuerpo.

Perros largos me tienden
aullidos paralelos.

VENDAVAL

El vendaval aúlla
en la chimenea ausente.
Ay niño, cuando me miras
desvaneces mis paredes.

El humo como una ojera
por el olvido resbala.
Ay niño, cuando me besas
gime el viento en la ventana.

El frío araña en las tejas
de los años simultáneos.
Ay niño, cuando morimos:
sigue el péndulo azuzándonos.

ROJO

Como naranja hacia dentro.
Nunca por la mejilla.
Como lago llorando
púrpura sumergida.

En los viñedos rojos
estalactitas arden.
En el cordón sin alma:
el latido de nadie.

Las algas como escaleras,
bajo los mares.

CRUZ

Dos leños se han encontrado
donde angosto pasa el viento.

 Mi adiós ya no va a acabarse.
Me ronda por dentro como
la sed de Dios al vinagre.

 No pude darte la mano.
Si te alcanzo caeríamos
la lanza con el costado.

AMURALLADA

Como el muro, nacida por un miedo,
espero en blanco que se acabe el río.
Que me esculpan el nombre: y sea mío
el aguacero curvo de Toledo.

Mi ojera es mi alma. Mi alma en que remedo
a la almena mordida por rocío.
En lo alto abrume y a los pies me río
con el llanto que fui, y en que me quedo.

POR ENCIMA

Por encima de la aurora,
Dios dormido es de un negro inmancillable.
Con su otro infinito iluminado:
un poco, me amezco.

De Dios tengo las mitades,
en mi mano sombreada, y la que fulge.
Nada puedo escribir sin que me falte.
Nada puedo esquivar: sin que me inunde.

ARENAS

Soy niño con arenas,
un balde lleno de precipicios
que al hablarles se vuelan
escondidos.

¿Te acuerdas, padre muerto,
del aroma a damascos que leímos?
Era el de los arreboles
impresos en el río.

Soy hijo de una arena,
una pala de perfil hundido,
revolviendo el antes y el después
de no haber sido.

¿Te acuerdas la lentitud
de la lluvia en los vidrios?
Así era la resaca
en los pies infinitos.

VILLANCICO A LA PALOMA

Paloma, cierra las alas,
que está volándose el cielo.
Duérmete aleteando,
pozo de mi pecho.

María, entre las agujas,
busca su paja encarnada.
Ya están de ovillos las nubes,
y los vientres como parvas.

Rocío, sube a asomarte:
que está la tierra contraria.
Si no te duermes profundo,
no aclara...

DESPEDIDA

Dije adiós a una ventana
pero dejé mi sombra dentro:
por si un tanto has de morir.

Dejé el sillón besando el muro;
y mi candado husmeando
tu perfil.
Por si, poco, has de vivir...

CREO

Creo en lo contradictorio
a mi único ojo dividido.
En la puerta rasgada por sedas,
en el hierro horadado por carne;
en las bocas con lágrimas
porque los ojos se besan.

Creo que el veloz candado
nos lleva a un claustro de vientos,
donde retrocederemos virginales
hasta morir de nacimiento.

¡Qué serías mi Dios si te midiera:
no con ojos llorando, sino abiertos!

RESES

Una genealogía de animales,
en carne blanquinegra,
empujó mi cuarto hacia la bruma
como una tumultuosa cordillera.

Sus pieles iban chapoteadas.
Jadeaba la tierra dentro.
Por los vidrios giraban las astas
como reloj acribillando el tiempo.

Parpadeando quedó
el jaspe de las yedras.
Los muros acompasando
una sombra de veleta.

LLANTO

En mi ojera sostengo
la gota que pesa,
la que resume un manantial
que he dicho apenas.

Piensa por mí esa gota,
que me ciega.

Me abulta como isla
que al escapar dejara
un túnel en la tierra.

A MI PADRE

Todavía un viento ronco
está velándome la puerta,
y pone el cuarto más solo
cuando se entra.

Todavía las palabras
que guardaste me desvelan:
El amanecer cortado,
la ventana que aprieta.

Todavía cristalino
estoy soñando entre vendas,
y las sábanas palpitan
aunque hielan.

LA VI INCLINADA SIEMPRE
Y CORDILLERA

(A Judith Montes)

La vi inclinada siempre y cordillera
con su perfil vertiente en la costura,
con cascadas de lienzos y una oscura
nevazón empozándose en la ojera.

Su sombra rechinaba. Su brazo era
un molino de enérgica ternura.
De la máquina hundida en su cintura
surgió el sol, el pajar, la hacienda entera.

Entreabriendo las hojas, tintineaba
el hilo, que en su boca humedecía
y que en torrente se precipitaba.

Al fondo de sus ojos el ovillo
iba empequeñeciéndose y crecía
el horizonte de su dobladillo.

LA DESPEDIDA

Se quedó en blanco aquella despedida.
Tan camisa su pecho, tan pañuelo
mi pena. Apenas ocre estaba el suelo
con la arena vidriosa contenida.

Yo alcé la mano presumiendo vida
y hubo un guante de adiós y un viudo velo.
Sonreía el maíz, pero en el cielo
los pájaros graznaban a escondidas.

Y me dije: «el verano ha terminado
sin buitres y sin carne que decida
entre el ser soledad o el ser bocado».

Pero él ya sabe cuánto estoy callando,
y cómo el pelo se encanece, cuando
tanta camisa en blanco es una vida.

AVENIDA LA PAZ

(A Mercedes Álvarez)

Por fin, tosca Mercedes, te refinas.
Te han puesto en un cajón con indulgencias
y te llevan, cubierta por hortensias
que plantaste: a la tierra en que terminas.

Por fin sin reumatismo. Y no caminas
arrastrando en pantuflas tus paciencias.
Vas en hombros. Hoy te hacen reverencias
los amos de jardines y cocinas.

Hoy tus flores barriendo las basuras.
Hoy es viernes de feria y no te apuras
pues nadie hoy te dirá: te has atrasado.

Por la calle del río y del mercado
—al descanso, Mercedes que has comprado—,
en tu cesta te vas, entre verduras.

MICROBÚS PILA CEMENTERIO

Entre anónimas sombras voy parada,
tropezando con íntimas esquinas.
Bultos óseos y flores anodinas:
en un mismo cajón, van a la nada.

Es verano en la micro transpirada,
y es invierno en las calles submarinas.
Por el espejo veo a unas vecinas
esquivando la puerta de llegada.

Con pies que ríen y con rostro serio,
nos vamos en bus Pila al Cementerio:
sobre las ruedas de lluvioso humor.

Los niños lloran, rompen los pasajes.
Las mujeres los peinan, y en sus trajes
ponen el santo y seña de una flor...

MENTA

Por esta puerta de servicio,
arrastrándose sobre las negras baldosas,
llegó a dormirse Luther King, anteayer:
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,
con el pecho traspasado por una pastilla de menta.

Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.
Y las que los turistas dan a las palomas
que se hundirán con Venecia.

Mentas heladas los ojos del Paraíso perdido,
las rodillas enanas del pintor de cancanes
y las sienes suicidas que pintaron girasoles.

Un collar de mentas partió en dos
a una austríaca-francesa
y de una menta hermafrodita nacieron gemelos
el Príncipe de Dublín y su africana golondrina.

Con treinta mentas heladas
compramos la Salvación: durante otro Imperio.

Y a veces se nubla en el cielo
la Pastilla de Menta.

ESAS PLAYAS

Qué será de esas playas. Tu arena perseguida
por la imaginaria espuma de tu boca.
Tu arena de apuestas perdidas
y cáscaras rojas.

Lucía añejo el borroso horizonte.
Tu sonrisa era apenas amapola amarilla.
Las actinias flotaban con su anillo disuelto
en secreción amarga.
Qué será de esas salmueras
con que tú, a ti, te perseguías.

Humeaba turbio el horizonte
bajo la piel del aire, sobre la piel de nadie.
El diluvio, el desierto, la esponja de los sauces,
y tú, Novia, lloraban. Tú, tragándote y tragando
la huella improbable que dejan las anguilas.

Qué será de ese oleaje
en que te buscabas y desaparecías.
Y de las amapolas amarillas.

PESCADORES

A veces vuelven pescadores
con boina niebla en la luna.
Pensando si habrá muerto aquel doble cojín de único
[pecho.

Aquellos dobles labios
que debieron ser cinco como las estaciones:
para la lluvia, la parva, el vino verde, la total vendimia
y un otro urgente verano de salitre lechoso.

Vuelven pensando en aquel sutil meñique
que hace burbujas champán: al tantear el ardor de la
[plancha.

Y que extrae peines ámbar del almíbar
y polen de caspa de las solapas llorosas.

Vuelven con peces forrados en tejuelas de zinc.
Con párpados postigos a la semipenumbra
y a los flecos suspicaces de los muebles.

Anónimos avanzan.
Hacia las huellas digitales del íntimo tacto:
de aquel meñique que bruñe las cucharas al alba.

Esponjándose en niebla, avanzan cerro arriba.
Hacia el cataclismo silencioso de las puertas cerradas.

SÉ QUE ME VOY

Sé que me voy. Me voy retrocediendo
como el salmón que vuelve cuna arriba.
No alcancé nunca al mar, estando viva.
No llegaré a las cumbres, falleciendo.

Sé que te vas, te vas y no queriendo:
como una esponja amarga y fugitiva.
Hasta el fondo del mar con tu saliva,
sobre la arena rosa oscureciendo.

Sé que te vas de mí. Que nada queda:
ni un rastro ni algún sauce que nos pueda
llorar de bruces arañando el río.

Yo nunca llegué al mar. Yo nunca: siendo
que aquel morir inmerso era lo mío.
Y que me voy, te vas. Nos vamos yendo.

QUIZÁS TE HAS IDO

Quizás te has ido. De esta tiniebla
que azuzan los insectos que parecen callados.
Y yo soy sólo su eco, el universo miedoso
por los secretos aluviones de las potentes hormigas.

Quizás te has ido a oscuras. Y eres la doble ausen-
[cia
que al cuarto infunde un fervor de ilocalizable cama.
Y tengo el tacto polvoriento de las palomas nocturnas
que imprimen en el aire sus Miércoles Ceniza.

Pero quizás no te has ido. Y gatea una flor
hacia una de sus tantas metamorfosis.

FATUM

El plato con cenizas y la luna de hojas grises
separan los dos perfiles. Está cantando la rana.
El diría que es tartamuda y ella que está acatarrada.
Alguien debiera explicar que a ellos no les queda nada:
sólo el humo hacia la luna: que se borra o se cansa.

Los dos perfiles coinciden en las colillas que apagan
y en el acezar callado: mientras canta la rana.
Cuando en el viento golpea su ruido bisagra
y él no dice «volveré», ni ella dice «no te vayas».
Y nadie debe decir por qué la vida es tan rara
que acepta el hacerse humo sólo para ser llorada.

Sonríen el plato y la luna antes de darse la espalda.
Hará frío en los caminos. Pero canta la rana
entre las hojas grises y al fondo de las entrañas.
Antes, él diría «qué injusto» y ella bromearía con lágrimas.
Pero hoy se alejan y nada que lloran sin sacar nada.
El humo en el aire es aire. La luna, gris porcelana.

EL PERRO YACENTE

Sólo el perro yacente conserva su estatura, uniformado en fiera dormida. La pata de Nelson rasca suave la isla Santa Elena. La baba de Calígula asoma plácida en las comisuras de Rommel. La espalda del Mariscal Foch avanza lento en hombros de los Inválidos. Y la Historia no registra aquellas póstumas reconciliaciones. Ni cuenta cómo se jibariza la vida.

Sólo el perro mantiene su platónico esqueleto. Se incorpora con la confianza incauta de los pacifistas. Gandhi tiene un tiritón en el lomo. Buda una ruleta sin cifras en el vientre. La radio toca el Concierto para Teclas Negras. El velludo mármol de Lincoln reconoce la tos de Chopin y el ocaso anaranjado de Mallorca. Y la Historia no alude a esos compromisos, entre estatuas que no se conocieron ni se defraudaron, y que transmitieron su misión fraternal por medio de moscas que intercambian encargos entre los cadáveres y los vasos de leche.

La cola de la báltica sirena intenta espantar las focas que aún desean la espuma de Ulises. Los mostachos de la Mezquita Azul resplandecen impalpables como la cítara de David, antes que él naciera. Y la His-

toria no explica que hay héroes a medio evolucionar y que ya provocan ternuras teologales. Que aprenden a ladrar *Aleluya* con las olas.

EL NÚMERO

Tuve una libreta y la perdí.
Recuerdo un número que no recuerdo
si era del carné (antes de expatriarme)
o del pasaporte del regreso.
O el sonsonete de tal lluvia, de tal día, de tal invierno.

Suele escapárseme y preguntan: «¿Qué dices?»
«Un número», contesto, «un número huérfano».
Y abro el balcón para que oigan cómo está lloviendo.

A veces, frívola, lo marco al teléfono,
y la mujer que dice «equivocado», me da miedo.

No estaba en la libreta que perdí
sino en la que no encuentro.
Hoy me asomo al balcón. Sólo atino a exclamar:
«¡Padre! ¡Ochocientoscincuentaytresmilcuatrocientos!»

HOY ME LLAMO MARÍA

Hoy me llamo María. Y lloro
al no tener imperdibles
ni un antejo con algo de papel secante.
Me siento desplazada por la gata que atiende las bur-
[bujas del agua.
Pero yo también oigo la recóndita lluvia del patio,
mientras preparo postres al hirviente paladar del amor.

Pero llamarse María supone evocar a reinas decapi-
[tadas,
a las que debiéramos decir que el cuello es sólo un ist-
[mo
entre ambición y fraude.
Y supone pensar barcos que descubrieron el trópico y
[las serpientes
que lo devoran: Pero van poniendo huevos de baobab.
Supone pensar que el demonio de cabeza aplastada,
sólo puede pensar en mi pie:
después de la Misericordia, que ni él ni yo merecemos.

Entre las estrellas reconozco la difusa firma de la
[Virgen
cuando dio su aprobación al firmamento.

Firma que falsifiqué en una noche absoluta.
Cuando decidí llamarme, siquiera por hoy:
María Magdalena y el desierto.

NIEVES DE JOSEPHINE BAKER

(En aniversario de su Fundación para huérfanos)

Con sus bailes en carnes costeó trajes
a los hijos de nadie, Josephine.
Como un cuervo sacábase albas plumas
al ritmo del vestir con desvestir.
Cuando el cáncer bailaba entre las copas,
el Sena se blanqueaba con el Rhin.
Al caerse la Torre en las tulipas,
marchitó hasta las Islas de San Luis.

Por siempre nevarán aquellas plumas
que se puso de más la Emperatriz.
Por siempre mecerán aquellas olas
que jamás engendraron un Delfín.
Mientras siga bailando en los subsuelos
aquel tierno e inmortal ferrocarril,
cuya Danza del Vientre va repleta
con huérfanos del Vientre de París.

AL VAIVÉN DE MI SILLA

En ese espejo victoriano
veo mi suelo movedizo.
Se escucha un péndulo pajizo
entre un silencio de pantano.

Me voy muriendo con desgano,
se va alejando el pasadizo.
Con un azogue escurridizo,
viví en un marco puritano.

Clavado cuelga y no descansa
aquel espejo que suspira.
Me hizo a su propia semejanza
pero se apena si me mira.
Cierro los ojos y aunque expira:
vuelve a subirme en su balanza.

CONTEMPLACIÓN DE UNA SIESTA

Bajo esos techos como carnes vivas
hoy percibo unas penas alquiladas.
Una pajiza cruz para un lecho divino.
Un apático espejo frente de una manzana.
Y zumbando unos números bajan.
Aunque ignoran de quién es la carroña,
y si chupan, o inyectan o son grises.

Veo dormir al hombre sucedáneo
de un vacío que cruje en su escalera.
El traje de chatarra en una silla
ve soñar a aquel hombre pasadizo
con su sombra que no requiere puertas.

Un tictac sobre el mármol es el pulso
de alguna mano desollada de una manga.
Y la cruz como araña va girando en el muro.
Como un norte que sigue la inquietud de la cama.

VI PASAR A DALÍ

Te vi andando ya muerto como tantas estatuas.
Aún quedaba una plaza, y una pila de pie.
Remecían tus toses las concretas corbatas.
Un reloj se acordaba de una torre de ayer.

El Retiro inminente aflojó de las ramas
cuanto obstruía tu acceso en la Puerta Alcalá.
Si es que entraste, primero iban esas espaldas
que sentadas dejaste en tu Cena Final.

En la escala arribista de un hotel ascendías,
en algunos conceptos, alfombrado Dalí.
Los delfines del Bosco, más que ver la Gran Vía,
hoy esperan si enciende tu ventana en el Ritz.

Al andar barajabas esas hojas burguesas
que quedaron pintadas por tu pie peculiar.
El otoño ahora lanza inverosímiles muecas.
Y se enrojece San Jerónimo el Real.

BLOY

Ese sufrido pelo de León Bloy
lo imitan los calvos que tienen recursos,
y los poetas con cierto valor.
Desde el magistrado de resortes crespos,
hasta el timonero de ondas insondables:
por último parte,
con aquella raya sobre el corazón.

VILLANCICO DE LOS PASTORES

Arboles que estáis de bodas,
de nieve enteros bordados,
decid cuán grande será
el que esperáis miles de años.

(Así cantaban pastores
con un cordero en los brazos.)

Charcas que mecéis estrellas
que permanecen en aires,
decidnos dónde hallaremos
la luz que se ha hecho carne.

(Así silbaban pastores
con sus cabellos volándose.)

Roja greda que en la nieve
se asoma como un coágulo,
decidnos por cuántos siglos
tendrá Él abierto el costado.

(Así gemían pastores
moviendo apenas los labios.)

Lago azul que rebosaste
con la espuma que se vuela,

no nos pidáis que esperemos
que con las lluvias Él vuelva.

(Se durmieron los pastores
entre vellones de niebla.)

DESAYUNO CON PANDORA

Mi miedo a esa merme helada
por este pan va avanzando.
Pandora tapó el envase
con sus eternos jamases.

Revuelvo unos téz remotos
que Pandora va expandiendo.
Y están sonándome roncós
estos terrones deshechos.

La leche huyéndole al fuego
se sube y casi se asoma.
Cuando acabe mi servicio
se habrá quebrado la losa.

Mientras consumo este zumo
de diluviosa manzana
casi en futuro conjujo
cuanto Pandora estrujaba.

El pan que dora Pandora
baila crujiendo en mi boca.
Y aunque el tostador yo llevo:
Pandora lleva el pandero.

CARROZA

Si hay flores que tintinean
como un pendiente metal.
Si pensamientos no bastan
para corona feraz.
Si van botones de muestra
de una raíz ancestral.
Y si claveles partidos,
y si azahar al azar:
Iré en mi cortejo viejo
con toda mi novedad.
La vara de la azucena
al menos fue vertical.

Si hay balcones para todos
los que van al vendaval.
Si vacías golondrinas,
ésas sí, que volverán.
Si el cochero es siempre el mismo:
si lo miramos de atrás.
Iré en cortejo siguiente
de un anterior funeral.
Los caballos ensayados
ya saben a dónde van.
La vara del trote sólo
medirá la soledad.

ROMERÍA DEL 2 DE NOVIEMBRE

En un bus vamos buceando
un balbucear de lluvia.
Llevando flores de dudas
para un mudo aniversario.

Tienen pétalos grasientos
los muertos que hay en mis manos.
De un lado un pino nevado
del otro un ciprés en blanco.

En el bus van cabeceando
los girasoles cansados.
Llueven puntos suspensivos
que se van amontonando.

EL LLAMADO

Si está malo el teléfono estoy buena
con este perro que se llama «Miedo».
Me defiendo del miedo con un Miedo
que me ataja el cordón con la cadena.

Si el mar lame mi playa palpo el miedo
en los colmillos de la luna llena.
Si pienso que ni hay cola de sirena
mi miedo es que también se acabe el miedo.

Me da tregua el teléfono. Y la arena
me está llamando ya, pero no suena.
Las olas son de miedo, el mar, de pena;

y a mis pies va a ovillarse una ballena.
Daré huesos al perro y tendré miedo
de que el Miedo me coma mientras cena.

EL ASCENSOR

Yo vi un vidrio en cada piso
y tras él siempre un señor
que, vez que subirse quiso:
ya bajaba el sinsabor.

En cada planta cortada
le vi que hallaba un botón.
Y de abajo su mirada,
impulsando la ascensión.

En la parada novena
le vi un pálido color
y, en vez del botón que suena,
le vi una callada flor.

Él contaba sus sin cuenta
zozobras, igual que yo,
cuando puso el piso en venta
y este vidrio se empañó.

Dije al reflejo: «Si entraras
seguiríamos los dos».
Y vi que entre varias caras
la más sola me hizo adiós.

MESTER DE MENESTERES

No sé, mi Dios, qué busco y qué rehúyo
en tanto menester diverso. Cuyo
resultado común es descontento.
Pero barro. Y mi polvo se hace tuyo;
si te lo llevas en el viento.

A LA ACTUAL POESÍA ISRAELÍ

«Yo te agradezco, Abraham Jalfi, tu bondad, porque te has acordado de mí.»

Y a ti, Anadad Eldan, por mostrarnos: «La vastedad de tu Tierra que asciende».

Yo te agradezco, Tuvia Rübner, porque viste la nube situada como lluvia sobre nuestro templo humano.

Y a ti, Abraham Shlonsky, porque en tus versos convertiste «el agua fría de un pozo»: en un vino que entibia el paladar.

A ti recurro, Raquel Blaustein, porque a ambas, «el viento del desierto con su velo nos llama».

Y a ti, Lea Goldberg, van buscando mis manos de muerta que «tocan la noche» sin saber hasta cuándo...

En tu estatua de Apolo, Saúl Chernijóvsky, reconozco el esqueleto de una común humanidad.

En tus «amapolas llameantes» con chispas que adornecen contemplo Zalman Schneur, el «viento soplador».

Tienes razón, Shin Shalom, que «las escalas son oscuras», mas... ¿qué importa que bajen de mañana: si por la noche suben?

Y si contigo rezo, Natán Alterman, «Mi Dios ¡jamás me quites mi melancolía!».

Aunque sabemos por ti, Yehuda Amijai que «una

mitad de los hombres odian» a medias a su única teológica mitad...

Mi hermano también quedó en silencio, Amir Guilboa, «mientras su sangre desde la tierra clama».

Mientras «los pájaros ignoran», Uri Zvi Grinberg, «quién les cortaba el ala» indivisible.

Cuando llegue aquel día, Jaim Najam Bialik, de tus versos que «soplan tempestad».

Cada cual y también tú lloviendo Bat Miriam, estaremos «radiantes de llanto», de jugo fluvial.

Y comprobaremos que fuimos agua de un pozo por tus versos de piedra, David Rokeaf: que previste aquel hielo que calentaba el corazón.

Aarón Amir, aunque «termine todo» lo que tu nombre patriarca nos ha dado a beber, alegrémonos con la visita de Israel Efrat si «todo el aire chispeaba de lágrimas».

Y si la babélica Torre de Dan Pagis aún continúa «como corriente de aire».

Yo te agradezco, T. Carmi, por hablar del momento «en que el mar le dijo: sí a la luna».

Y a ti, Avner Trainin, que das fe en que «nadie mata a un cabrito para enrojar sus ropas».

Tú me conmueves. Rina Shani, con tu mano que ha optado «por ser ala, si no podías pelear».

Tú me estremeces, Dalia Ravikovitz, como una Magdalena que escanció una bebida para el amoroso despertar.

Por ti jamás lloraré, Ayin Hil-Lel, si tú lloraste de amor por «un caído».

EPÍLOGO

Nació en 1932 en Santiago. Estudios de Secundaria en el colegio Sagrado Corazón. Estudios de Pedagogía en Castellano en la Universidad Católica. Titulada maestra de Religión (1957) en la Escuela Normal de Angol. Casada con el ingeniero Patricio Walker Piñeiro, madre de cinco hijos. Vivió en Madrid entre los años 1970 y 1976. Profesora de Castellano, Universidad Católica de Santiago de Chile (1980). Miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua (1984).

OBRAS EN VERSO:

Descendimiento, Premio Alerce de la Sociedad Escritores de Chile, 1959. Prólogo de Miguel Arteche.

Después de Tanto Mar, 1963.

Ramas sin Fondo, Avila, 1967.

Poesías (Separata Revista Mapocho), 1970.

Raudal, 1973. Prólogo de Pablo Neruda.

Elegía Jubilosa (Separata Revista Mapocho), 1977.

Bajo la piel del Aire (Premio Municipal de Poesía), 1978. Prólogo de Roque Esteban Scarpa.

Otro Cantar (Separata Revista Mapocho), 1980.

Antología Breve (Separata Revista Alerce), 1982.

OBRAS EN PROSA:

La Piragua. Cuento. Premio del diario «El Sur» de Concepción, 1963.

Revisión de la crítica a la obra de Juan Carlos Onetti, Tesis de licenciatura, Universidad Católica de Santiago, 1982.

Quién soy yo en las Letras Chilenas, Ediciones Sociedad Amigos del Libro, Nascimento, 1983.

Mi experiencia de creación poética, Ediciones de la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, 1985.

Alone y el Sobremundo de cierta poesía (Discurso de incorporación en la Academia Chilena de la Lengua), Ediciones del Instituto de Chile, 1985.

ÍNDICE

	Pág.
El sobremundo poético	7
DESCENDIMIENTO (<i>Premio Soc. Escri. de Chile</i> 1959)	
Padre	11
Con silencio te llamo. Con un nudo...	12
Uva	13
Miedo	14
Lluvias	15
R.	16
Origen	17
Caminos	18
Elegía	20
DESPUÉS DE TANTO MAR (1963)	
El muerto de la cordillera	21
Sombra	22
Sangre	23
La jarra	24
El guante olvidado	25
Jazmines	26
Isla Trinidad	27
RAMAS SIN FONDO (1967)	
Creciente	28
Madres cuzqueñas	30
Tren	31

	Pág.
Vendaval	32
Rojo	33
Cruz	34
Amurallada	35
RAUDAL (1970)	
Por encima	36
Arenas	37
Villancico a la paloma	38
Despedida	39
Creo	40
Reses	41
Llanto	42
A mi padre	43
ELEGÍA JUBILOSA (1977)	
La vi inclinada siempre y cordillera	44
La despedida	45
Avenida La Paz	46
Microbús Pila Cementerio	47
BAJO LA PIEL DEL AIRE (<i>Premio Municipal de Santiago 1978</i>)	
Menta	48
Esas playas	49
Pescadores	50
Sé que me voy	51
Quizás te has ido	52
Fatum	53
El perro yacente	54
El número	56
Hoy me llamo María	57
OTRO CANTAR (1980)	
Nieves de Josephine Baker	59
Al vaivén de mi silla	60

	<u>Pág.</u>
Contemplación de una siesta	61
Vi pasar a Dalí	62
Bloy	63
Villancico de los pastores	64
Desayuno con Pandora	66
Carroza	67
Romería del 2 de Noviembre	68
El llamado	69
 ANTOLOGÍA BREVE (1982)	
El ascensor	70
Mester de menesteres	71
A la actual poesía israelí	72
<i>Epílogo</i>	74



editorial
LA MURALLA, S.A.